

COMENTARIO DE LIBROS

ESTADO Y NACIONALISMO TRAS GELLNER, EVALUACIÓN DE SU TEORÍA¹

“Nací veneciano y si quiere Dios, moriré italiano”
HIPÓLITO NIEVO

“Ya tenemos Italia: ahora hay que crear italianos”
MASSIMO D'AZEGLIO, 1870²

El 5 de noviembre de 1995 murió en Praga el filósofo y antropólogo Ernest Gellner. Este regreso final a la ciudad de su infancia, simboliza bien la compleja relación que mantuvo con sus orígenes y, en cierta forma, la orientación general de su obra. Y digo bien orígenes en plural, pues nacido en París, Gellner vivió siempre transitando Estados y fronteras o, como él mismo dijera alguna vez, “al filo de muchos nacionalismos”. Emigrado a Gran Bretaña alrededor de los años treinta, al igual que otros grandes intelectuales centroeuropeos —como Friedrich A. Hayek, Karl Popper, Ludwig Wittgenstein, Eric J. Hobsbawm, entre otros—, Gellner no fue ajeno a las intensas convulsiones de la historia del siglo xx en la zona que otrora ocupara el imperio austro-húngaro.³ En su caso, además de testimoniar el apogeo del nazismo y, luego la división

¹ Sobre el libro de John A. HALL: *Estado y Nación: Ernest Gellner y la teoría del nacionalismo*. Madrid: Cambridge University Press, 2000, 415 pp. ISBN 84-8323-084-4.

² Primera sesión del Parlamento del Reino de Italia, E. LATHAM: *Famous Saying and Their Authors*. Detroit, 1970. Citado por Eric HOBSBAWM: *Nations et nationalisme, depuis 1780*. París: Gallimard, p. 62.

³ Respecto a la particularidad del caso de Wittgenstein véase Juan Cristóbal CRUZ: *La incertidumbre de la modernidad*. México: Publicaciones Cruz O., 2002.

de Europa, también vería la caída del muro de Berlín. De esta forma, para el joven soldado que al final de la segunda guerra mundial entrara con el ejército británico a Praga, Estado y nacionalismo serían temas recurrentes e ineludibles a lo largo de su vida.

Hoy parece evidente que la historia de los dos últimos siglos no se puede entender sin hacer referencia a las nociones centrales de nación y nacionalismo. Sin embargo, es de notar, como lo ha subrayado Eric Hobsbawm, que durante ese mismo periodo se ha escrito relativamente poco sobre ellas. Esto que en general parece un paradójico olvido, fue un gesto comprensible en los años inmediatamente posteriores a “la noche y a las brumas” (Gellner) del nacional-socialismo y de los nacionalismos afines. Pero también se explica, de manera complementaria, por el discurso que fundaba la legitimidad de los Estados triunfantes. En efecto, en los años en que Gellner empezó su vida universitaria, la gran utopía final que domina el imaginario político de las dos superpotencias —al menos en sus pretensiones abiertamente declaradas— era aquélla de una sociedad mundial por fin liberada de las divisiones y de las grandes pasiones políticas. Una utopía resultante, como dijera nuestro autor, de “una mezcla curiosa de anarquismo y comunalismo panhumano”.⁴ Esta convergencia se explica fácilmente, pues al menos en sus versiones más conocidas, tanto el marxismo como el liberalismo han mantenido en su horizonte intelectual la idea de una humanidad consumada en su último estadio, en una gran sociedad de individuos. Desde el teórico de *El Capital*, Karl Marx, hasta el profesor Francis Fukuyama se mantiene constante la creencia de que la Historia con H mayúscula debe desembocar en el advenimiento de una sociedad en la que cada uno estará por fin a salvo de las viejas formas de alineación y violencia del mundo “prehistórico”. El fin de la lucha de clases o, en su caso, el progresivo e inexorable triunfo de las virtudes temperantes del *doux commerce* vendrán a poner un término definitivo al naciona-

⁴ Ernest GELLNER: *Encuentros con el nacionalismo*. Madrid: Alianza editorial, 1995, p. 23.

lismo y demás pasiones “violentas e irracionales”. Una vez liberado para siempre de los conflictos militares, de la violencia social y de otras aberraciones propiciadas por el “más frío de los monstruos” (Nietzsche), el Estado; una vez que “el gobierno de las personas sea remplazado por la administración de cosas”; el individuo podrá dedicarse por fin pacíficamente a sus verdaderos intereses y a su *Bildung* personal.

En las guerras mundiales, luego en las luchas anticolonialistas y, paradójicamente, también en las divisiones administrativas de la burocrática URSS, nación y nacionalismo habían sido divisas invocadas constantemente, y, en realidad, nadie las ignoraba. El consenso ideológico explica por qué entre los pensadores más en boga de la época, parecía que nadie les predijera en esos días un futuro.⁵ Dentro de esta atmósfera, no sólo la concepción de nación, tan “vieja como la historia”, según la célebre expresión de Walter Bagehot, o eterna y, en su caso, biológica, sostenida en su tiempo por Maurice Barre, sino también las ideas mismas de nación y nacionalismo parecían arcaísmos destinados al basurero de la historia. Sobre todo cuando, como lo afirmara Hans Kohn en 1945, la identidad de occidente parecía definirse por la fe en la unidad humana y en el valor del individuo, en tanto que el Estado y su corolario el nacionalismo parecían haber revelado su plena coherencia en el apocalipsis del nazismo y en la negación de dichas creencias.⁶

Como todos sabemos, “el pensamiento social liberal de Occidente y el marxismo tienen al menos el punto de unión de haber cometido el mismo error: ambos subestimaron el vigor político del nacionalismo”⁷ y, podemos añadir, descuidaron el fenómeno de la perseverancia de la figura del Estado. Ambas interpretaciones no sobrevivieron intactas las últimas décadas del siglo pasado. El fin del sistema bipolar mundial, y los dramáticos conflictos que siguieron —particularmente en el este de Europa y África— hicieron

⁵ Isaiah BERLIN: “The Bent Twig: A Note on Nationalism”, en *Foreign Affairs*, 51 (oct. 1972).

⁶ Hans KOHN: *The Idea of Nationalism*. Nueva York: Macmillan, 1945.

⁷ Ernest GELLNER: *Encuentros con el nacionalismo*, 1995, p. 51.

que el bien o mal llamado “retorno del nacionalismo” se volviera un tema dominante entre los observadores del espacio internacional. En lo que se refiere al plano ideológico y a la teoría política, si para algunos la gran transformación de 1889 había producido un sentimiento de orfandad y de desamparo intelectual, este vacío fue rápidamente ocupado por el resurgimiento de temas como el republicanismo, el comunitarismo... y, naturalmente, por una animada discusión en torno al nacionalismo y su relación con la figura del Estado. En este último caso, el interés se justificaba por un atractivo suplementario: un conjunto de trabajos brillantes e innovadores había adelantado, por una vez, el cambio de atmósfera y había hecho notar la gran importancia del tema.

En el mundo académico, la reaparición de la discusión sobre el nacionalismo fue casi abrupta. En las primeras décadas del siglo xx habían salido a la luz los trabajos de Cariton Hayes y Hans Kohn, “los padres fundadores gemelos” (Aira Kemiläinen).⁸ Pero es, efectivamente, a partir de principios de los años ochenta cuando diversos autores renovarían el interés y los estudios en la materia. Es de notar que un significativo número de ellos eran entonces miembros de los medios académicos radicados en Gran Bretaña. De hecho, buena parte de la discusión se entabla entre los miembros de la *London School of Economics*, al grado de que se le ha llegado a denominar “el debate LSE”. Gracias a la fecundidad de dichos trabajos el avance ha sido tal que se puede afirmar que pocas áreas en el terreno del pensamiento político de las últimas décadas, han experimentado un estudio tan intenso y una evolución comparable. Entre los autores que más han aportado se puede mencionar a Benedict Anderson, Eric Hobsbawm, Miroslav Hroch, Terence Ranger, Anthony D. Smith... y, por supuesto, al mismo Gellner.

⁸ En nuestros días algunos consideran sus obras como de importancia marginal. Véase, ERIC HOBBSBAWM: *Nations and Nationalism since 1780, Programme, Myth, Reality*. Cambridge: Press Syndicate of the University of Cambridge, 1990. Se puede añadir, como lo hace Gellner: E. H. CARR: *Nationalism and After*. Londres: Macmillan, 1954.

El libro de John A. Hall *State of the Nation. Ernest Gellner and the Theory of Nationalism*,⁹ corrobora la importancia que el pensamiento de Gellner ha tenido en el desarrollo de las teorías modernas sobre nación y nacionalismo. El título en inglés del libro de Hall, en un juego de palabras que inexplicablemente perdió la traducción al español, subraya pertinentemente que a diez años de *Nation and Nationalism*, se antoja aún difícil distinguir la evaluación de la tesis de Gellner sobre el nacionalismo y su papel en la creación del Estado moderno, de la evaluación general sobre el tema. Menos cuando se convoca, como felizmente lo hace Hall, a algunos de los mejores especialistas e interlocutores del propio Gellner durante años. Todo esto confiere un gran atractivo y actualidad al libro de Hall, el cual discute la obra de Gellner siguiendo cuatro aspectos: la formación de la teoría, con textos de Roman Szporluk y Brendan O'Leary; las críticas clásicas, con ensayos de Miroslav Hroch, Tom Nairn; los aspectos políticos, con debates en los que participan Mark Beisinger, Charles Taylor y Alfred Stefan; y las implicaciones generales con estudios de Chris Hann, Dale F. Eickelman y Rogers Brubaker.¹⁰ Con el fin de dar cuenta del debate, a continuación combinaré este esquema y la formulación de Gellner. Es decir, para esclarecer mejor su papel original en la génesis del Estado moderno, valga comenzar con la definición negativa del nacionalismo propuesta por Gellner.

Lo que no es nacionalismo

Con su característica ironía, nuestro autor afirma que el nacionalismo sobre todo no es lo que dicen sus profetas, los

⁹ John A. HALL: *State of the Nation. Ernest Gellner and the Theory of Nationalism*. Editado por John A. Hall. Cambridge, Gran Bretaña: Cambridge University Press, 1999. En adelante me referiré a la edición en español John A. HALL: *Estado y Nación*. Madrid: Cambridge University Press, 2000.

¹⁰ La primera versión de su teoría apareció en el capítulo 7 de su libro *Thought and Change*. Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1964; su libro *Nation and Nationalism*. BLACKWELL, 1983, ofrece una versión más amplia.

nacionalistas. La nación no es ninguna realidad natural ni evidente. A este respecto Gellner desarrolla una triple argumentación. En primer lugar, si se me permite apoyarme en Nelson Goodman para interpretar a Gellner, una dirigida a mostrar que la pregunta adecuada no consiste tanto en interrogarse qué es, sino cuándo hay nacionalismo. Una segunda estrategia consiste en demostrar la imposibilidad fáctica de dar satisfacción a todas las demandas políticas del conjunto de las naciones viables; con esto se enfatiza también el hecho de que la transformación de una población dada en Estado-nación es, al menos en el aspecto que defienden los nacionalistas, altamente contingente. El tercer aspecto consiste en mostrar el carácter ideológico, pero no por ello necesariamente sin importancia, del pensamiento nacionalista.

En lo que se refiere al primer aspecto, basta en efecto acudir a la historia para constatar la diversidad de las formas de la identidad política: desde la acéfala "nación" Neur (descrita por Evans-Pritchard) hasta las federaciones supranacionales, pasando por las ciudades-Estado y las diferentes figuras de imperio. Todo indica que la creencia en una nación ahistórica es sólo la ilusión de quienes hacen uso de una noción extremadamente amplia y por lo mismo en exceso vaga. Sólo bajo un tal uso abusivo del término puede el fantasma de la nación aparecer así, sin mayor dificultad, en todas partes y en todas las épocas. Si se evita este error, nada permite pensar que haya un designio trascendente o universal que lleve a dividir a la humanidad en naciones, ni mucho menos que ellas sean el único soporte adecuado y legítimo de organización social. Que no se trata de realidades naturales lo confirma el hecho de que es difícil constatar en su génesis la existencia de un vínculo lineal entre su supuesto remoto pasado y su presente. Así a pesar de lo que pretenden los nacionalistas, el anecdótico álbum de memorias que muestra el progresivo paso a la edad adulta en la que por fin la nación adquiere su investidura estatal, suele no ser muy convincente. En realidad, las naciones no tienen ombligo y, en sentido estricto, no pueden identificarse a partir de un *continuum* histórico. Tampoco lo requieren. De aquí que, a diferencia de lo que de-

fiende, lo que se conoce como el paradigma “primordialista” y su teoría de la bella durmiente, el nacionalismo no es el catalizador del despertar de un organismo dormido durante siglos, el regreso a alguna antigua edad de oro, o, según la versión de “los dioses oscuros”, la resurrección de fuerzas atávicas.

El segundo punto de la argumentación de Gellner consiste en mostrar que la creencia de que el mundo es un jardín en que cada nación florecerá, implica ignorar que de entre lo que se puede considerar como las 8000 naciones con potencial político, muy pocas alcanzarán la escala de viabilidad necesaria para convertirse en Estados. La explicación es simple: dada la relación entre la limitada amplitud física de nuestro planeta y la talla necesaria (geográfica, demográfica, etc.) para su viabilidad, aun tomando como referencia la medida de Islandia, muchas naciones son las llamadas y pocas serán las elegidas y coronadas con un techo estatal. Así, la idea del presidente estadounidense Woodrow Willson, según la cual los conflictos se terminarán con la simple aplicación del derecho a la autodeterminación nacional, se revela por demás ingenua. A este respecto, vale la pena citar ampliamente a Roger Brubaker comentando a Gellner:

Contra la ilusión arquitectónica, por tanto, contra la ilusión de que los conflictos nacionalistas son susceptibles de resolución esencial a través de la autodeterminación, afirmo que existe una especie de teorema imposible: que los conflictos nacionales son, en principio, irresolubles; que la nación a los conceptos “esencialmente impugnados”; que el debate crónico es, pues, intrínseco a la política nacionalista, forma parte de su auténtica naturaleza; y que la búsqueda de una resolución “arquitectónica” general de los conflictos nacionales resulta desorientadora en principio y a menudo desastrosa en la práctica.¹¹

Regresando a nuestro autor y en lo concerniente al tercer aspecto, el de la naturaleza de la creencia nacionalista, la estrategia de Gellner consiste en contrastar las pretensio-

¹¹ ROGER BRUBAKER: “Mitos y equívocos en el estudio del nacionalismo”, en HALL, 2000, p. 363.

nes del nacionalismo con sus efectos. De acuerdo con su análisis, todo indica que en realidad el nacionalismo no hace lo que pregona, no actúa en vistas a la actualización de una antigua edad dorada, sino como un proceso de ruptura con el pasado. En efecto, el nacionalista hace lo contrario de lo que dice hacer: no revive el pasado ni preserva las viejas tradiciones y, generalmente, requiere inducir —aun si no siempre está consciente de ello— una buena dosis de olvido histórico para conseguir sus propósitos. Si el nacionalista no resucita a las naciones, las inventa. Y, generalmente, lo hace... sobre las ruinas de las identidades tradicionales. Ahora bien, Gellner interpreta esta contradicción entre el discurso y los efectos reales de la acción, no necesariamente como el resultado de una manipulación o conspiración intelectual, sino en muchos casos como la expresión de una verdadera falsa conciencia.

Ahora bien, más allá del nacionalismo tradicional, algunos teóricos contemporáneos insisten en la visión primordialista haciendo uso de herramientas intelectuales más sofisticadas. Entre éstos se pueden distinguir al menos dos versiones. La primera sostiene que el nacionalismo debe entenderse como expresión de un imperativo biológico, como lo pretende la sociobiología de Pierre van den Berghe,¹² la segunda consideran que responde a un poderoso sentimiento o condición antropológica insuperable, como parece sugerirlo Clifford Geertz.¹³ Como veremos más adelante, Gellner moviliza una explicación de tipo sociológico contra esta paradójica convergencia “naturalista” de la sociobiología y la antropología que, a la manera de Hamlet, lleva a sus defensores a seguir obsesionados por la supuesta eterna conspiración del fantasma nacionalista.

En el otro extremo, el hecho de que el nacionalismo no pueda explicarse a partir de un principio ahistórico ni parezca hacerlo a partir de un factor objetivo, lleva a algunos

¹² Pierre van den BERGHE: *The Ethnic Phenomenon*. Nueva York: Elsevier, 1979.

¹³ Clifford GEERTZ: “The Integrative Revolution: Primordial Sentiments and Civil Politics”, en *Old Societies and New States: The Quest for Modernity in Asia and Africa*. Nueva York: Free Press, 1963.

a afirmar que no se trata sino de una simple (y desafortunada) contingencia histórica. Esto es, en efecto, lo que sostiene Elie Kedourie¹⁴ quien insiste en el hecho de que el pobre sustento del nacionalismo hace que los defensores de la existencia de las naciones siempre hayan recurrido a alguna noción vaga. Sea, por ejemplo, a la idea originada en el romanticismo, de un “espíritu del pueblo”; o a un subjetivismo colectivo, tal y como lo es su identificación con un “plebiscito cotidiano”, como lo hace Ernest Renan. Esta última figura no permite fundar unidades políticas; ni es, según Kedourie, realizable (ignorando, curiosamente, que Renan no hace sino evocar “una metáfora... que funciona”). A falta de mecanismos naturales o espontáneos, pasamos en el caso de Kedourie a una explicación voluntarista: los estados buscan asegurar la adhesión de la población y su legitimidad cotidiana por medio de una constante tarea de educación y de adoctrinamiento de la voluntad colectiva. Desde la infancia el poder político se emplea para interiorizar en sus miembros la idea de la existencia de una identidad nacional común. Puesto que, inculcado por el Estado, el sentimiento nacional es, efectivamente, artificial.

Ahora bien, si como afirma Kedourie se trata de un puro instrumento de legitimación, para dar una cabal cuenta de la especificidad del nacionalismo se requiere ir un paso más allá en la explicación. En efecto, el autor se apoya en la gran importancia que confiere, en una particular forma, a la historia de las ideas. Kedourie considera que el nacionalismo se caracteriza por ser una doctrina históricamente novedosa de inicios del siglo XIX. Ahora bien, en nuestros días es de constatar que ella se encuentra presente y ampliamente adoptada en todo el mundo. Todo pareciera indicar que se está ante un caso de difusión epidémica de una ideología cuyo primer brote es necesario identificar. Según su diagnóstico, ella no surge en los debates y tomas de posición de los actores de la revolución francesa, antes bien la cepa original se localiza en la filosofía política y, más precisamente, en la obra de Kant. Es en efecto en el principio

¹⁴ Elie KEDOURIE: *Nationalism*. Londres: Hutchinson, 1961.

de autodeterminación o de autonomía elaborado por Kant que Kedourie identifica el origen infeccioso, el germen de las doctrinas de Herder, Fichte y demás escritores en el que la noción de autodeterminación va a la par con la creencia en la diversidad de las naciones. A manera de una desafortunada enfermedad, el nacionalismo es entendido aquí como la “consecuencia de ideas que nunca requirieron ser formuladas y aparecieron por un lamentable accidente”.

El primer reproche que Gellner hace a Kedourie es el de convertir a un filósofo universalista —es decir, de la superación de los contextos particulares—, como lo es Kant, en un pensador del arraigamiento nacionalista. En todo caso, Kedourie habría hecho mejor en evocar a Rousseau y no en buscar en esa obra antípoda al pensamiento nacionalista que es la obra de Kant. Gellner insiste en que si el nacionalismo requiere ser explicado por su relación con el pensador de Königsberg, sería en todo caso como una reacción a su filosofía. Ahora bien, un punto decisivo que lo hace alejarse de Kedourie y que hace su teoría al mismo tiempo audaz y hasta cierto punto débil, es el hecho de que la visión de la historia de Gellner, como ya se ha adelantado, no da mucha importancia al papel de las ideas. El nacionalismo no debe entenderse a partir de lo que dicen sus profetas:

La tajante demarcación del objetivo del sentimiento nacionalista no es la obra de ninguna teoría formal, no es producida por la acumulación histórica de premisas que apuntan en una dirección determinada sino, al contrario, por situaciones sociales concretas y prácticas.¹⁵

Finalmente se debe descartar también la denominada teoría marxista del “error postal”, que supone que el mensaje que debía despertar a las clases fue entregado equivocadamente a las naciones. La crítica a este último enfoque se desprende de la síntesis de las respuestas ya adelantadas: el hecho de que el nacionalismo no es una necesidad universal no lo convierte en una simple contingencia histórica (el simple

¹⁵ E. GELLNER: *Encuentros con el nacionalismo*, 1995, p. 83.

resultado de un error postal). Dicho de otra manera, la historia no es la del eterno conflicto entre las naciones, pero tampoco lo es la lucha de clase. Esta discusión sobre quién es el verdadero actor de la historia debía surgir inevitablemente y suscita en el libro de Hall la discusión con los autores provenientes del pensamiento marxista, tal y como son Roman Szporluk y sobre todo Miroslav Hroch, cuya obra “inauguró la nueva era del análisis de los *movimientos* de liberación nacional”¹⁶ (la frase es de Hobsbawm y el subrayado mío). Las explicaciones de estos autores tienden a coincidir en su afirmación de que el énfasis no debe colocarse en las clases ni en la nación, sino en la industrialización. Es decir, tienden a converger con la teoría de Gellner. Como lo señala Roman Szporluk, bien puede ser que los conflictos culturales y sociales converjan, y combinados tengan una gran significación en un momento dado. “Me parece, escribe por su parte Hroch, que nuestras aproximaciones a la cuestión básica son coincidentes: nuestra idea compartida es que la formación de la nación debe entenderse y explicarse en el contexto de la gran transformación social y cultural que acompañó a la época moderna.”¹⁷ Ahora bien, como lo indica el título de su ensayo, Hroch no deja de deplorar que Gellner considere a la nación como un mito y, con Szporluk, que nuestro autor desdén la importancia de los movimientos sociales y de las ideas nacionalistas en la transformación histórica (y, en realidad, podemos agregar, de las ideas, *tout court*). Tienen razón, el factor determinante de Gellner para explicar el nacionalismo es ante todo ese momento histórico en el que surgen las exigencias del proceso de industrialización.

LA ERA DE LA ALTA CULTURA GENERALIZADA

La propuesta de Gellner vino entonces a ampliar el debate al defender que el nacionalismo no es un fósil vivo ni una

¹⁶ ERIC HOBSBAWM: *Nations and Nationalism since 1780*, 1990, p. 4.

¹⁷ MIROSLAV HROCH: “Real y construida: la naturaleza de la Nación”, en HALL, 2000, p. 145.

simple contingencia, antes bien es un fenómeno inherente a la modernidad y, más específicamente, a la industrialización. Pero para entender ahora el aspecto positivo de su interpretación, se debe subrayar que con el nacionalismo se está ante un factor medular de la sociedad moderna, ya que se trata de una respuesta a una exigencia constitutiva. Valga insistir, su teoría del nacionalismo no se entiende sino a partir de una teoría del Estado moderno y de la modernidad en general. En particular del hecho de que a diferencia de las sociedades tradicionales, las industriales están orientadas de manera constitutiva en vistas al aumento constante de sus capacidades cognoscitivas y tecnológicas. Ahora bien, la filosofía de Gellner defiende que el progreso científico, tecnológico e industrial, se apoya en la difusión generalizada de un idioma estándar que a imagen del lenguaje matemático es abstracto, formal, lógicamente unitario, libre de contexto y, por ende, comunicable y eficaz. La consolidación histórica de una tal comunidad de libre comunicación cuyos modos de interacción se caracterizan por lo demás, por ser altamente impersonales, se debe acompañar de una profunda mutación social. Ella no se puede afirmar sin una población liberada de los roles rígidos de la sociedad tradicional y del antiguo monopolio de la escritura y de la administración de los símbolos por parte de una casta o minoría privilegiada. En lugar de la sociedad tradicional marcada por la división cultural y las barreras de comunicación, con la industrialización aparecerá así una población con un alto grado de homogeneidad cuyo denominador común será el dominio de lo que Gellner denomina una alta cultura. Es decir, se conformará una población caracterizada por la posesión de un alto y generalizado grado educativo y por ende capaz de satisfacer los requerimientos de comunicación y de intercambio de roles necesarios para la nueva sociedad industrial.

Esta transformación no se hace espontáneamente, ella es favorecida por la educación difundida y asegurada por el Estado. La instrucción pública desempeña un papel central, ya que la educación es al mismo tiempo el instrumento que permite al Estado crear la homogeneidad cultural necesaria para

la sociedad moderna, y el medio para los individuos de acceso a la ciudadanía. A este respecto, si en la modernidad las posiciones sociales no están predeterminadas ni son inamovibles, y si tampoco son definidas por la capacidad de esfuerzo físico (por ejemplo para cazar o luchar), la posición social de cada individuo estará directamente relacionada con la destreza alcanzada por cada individuo en su dominio de la lengua "oficial". Esta importancia conferida a la habilidad lingüística hace que, parafraseando a su no tan querido Wittgenstein (y en realidad al escritor Karl Kraus),¹⁸ Gellner afirme que para el individuo moderno "los límites de su cultura son igualmente aquellos de su empleabilidad, de su mundo y de su ciudadanía moral".¹⁹ Pero esto significa también que la modernidad genera doble dinámica contrapuesta: la industrialización y el desarrollo del intercambio mercantil requieren espacios culturalmente homogéneos; al mismo tiempo, este proceso de desarrollo industrial y mercantil produce nueva estratificación social y nueva organización política. Evidentemente, esta diferenciación no puede ser legitimada bajo las formas tradicionales de organización social. El "simbolismo místico de la religión"²⁰ ya no es un recurso de legitimación (al menos de forma explícita) en el mundo del Estado laico. El nacionalismo, con su innovadora exigencia de hacer coincidir lo cultural y lo político, permite resolver esta contradicción. Gracias a esta nueva ideología y a su enorme fuerza unificadora, el Estado obtiene un instrumento que favorece las condiciones necesarias al crecimiento económico, a la integración social y a la legitimación del orden político.

Como toda forma de legitimación, el nacionalismo articula los conflictos de una manera particular. En efecto, en el mundo tradicional la diferenciación cultural es una forma de

¹⁸ Véase Juan Cristóbal CRUZ REVUELTAS: *La incertidumbre de la modernidad*, 2002, p. 60.

¹⁹ E. GELLNER: "Le nationalisme et les deux formes de la cohesión", en Pierre-André DELANNOI ET TAGUIEFF: *Théories du nationalisme*. Paris: Kime, 1991, p. 243.

²⁰ E. GELLNER: "Le nationalisme et les deux formes de la cohesión", en Pierre-André DELANNOI ET TAGUIEFF: *Théories du nationalisme*. Paris: Kime, 1991, p. 244.

diferenciación social que no está en disputa. Como lo indica Tomás Pérez Vejo,²¹ en el mundo preindustrial de Europa, las identificaciones colectivas (y por ende los conflictos) eran religiosas, genealógicas o territoriales. En tanto que en la era del nacionalismo, la cultura se vuelve, como ya se ha adelantado, el *medium* de reconocimiento y el objeto del conflicto, es decir, la sustancia de la identidad colectiva por excelencia. De aquí que, parafraseando a Max Weber, Gellner defina al Estado moderno por su capacidad de detentar el “monopolio de la cultura legítima”. Identificar a la comunidad política con los límites de una cultura específica es la fuerza y la debilidad de la cohesión favorecida por el nacionalismo.

LAS CRÍTICAS

Más allá de la crítica o la corrección de Nicos Mouzelis,²² quien sugiere que más que una teoría sustancial sería mejor considerar la teoría de Gellner como un marco conceptual útil, un tipo ideal en el sentido weberiano (reproche que no deja de ser paradójico para un alumno de Popper como lo es Gellner), las críticas más significativas de la obra de Gellner son las siguientes:

a) Ante todo, como se puede constatar en casi la totalidad de los ensayos del libro, se le achaca a la teoría de Gellner su funcionalismo. En efecto, se le ha imputado a su teoría incurrir en los errores propios del funcionalismo y de las explicaciones holistas en general: el nacionalismo es explicado por sus consecuencias (la causa por sus efectos); los individuos y los actores sociales realizan fines que no conocen ni menos entienden. Esta crítica atañe en particular, tanto a lo que se refiere a la explicación de Gellner sobre el nacionalismo como a la importancia que ella confiere a

²¹ Tomás PÉREZ VEJO: *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionales*. Oviedo: Ediciones Nobel, 1999.

²² Nicos MOUZELIS: “La teoría del nacionalismo de Gellner: algunas cuestiones de definición y de método”, en HALL, 2000.

la educación por parte del Estado; se utilizan entidades macrosociales u holísticas y se les confiere intencionalidad más allá de los individuos. Su funcionalismo también explica su desdén de las emociones que acompañan a la noción de identidad nacional: “teorizó el nacionalismo sin detectar el encanto” (Perry Anderson citado por Tom Nair);²³ Gellner y B. Anderson “nos ofrecen Hamlet sin el príncipe”²⁴ (Charles Taylor). Pero ante todo, el funcionalismo parece impedirle reconocer en las ideas un factor del cambio social e histórico. De aquí que Mark Beissinger señale que, como es característico de las interpretaciones genéticas y evolutivas, Gellner deja dentro de una gran “caja negra” “el proceso por el que las categorías de lo nacional adoptan significado para una gran parte de la gente y llegan a ser poderosos referentes para la acción política”.²⁵

Como lo señala Brenda O’Leary,²⁶ Gellner se defendió de dicha crítica. No aceptó que su teoría fuera teleológica (a la manera del célebre espíritu hegeliano de la historia que cabalga sobre un caballo blanco y no lo sabe), pero sí aceptó que fuera causal: “la sociedad industrial, su difusión, sus descontentos e impacto desigual sobre los terrenos étnicos y culturales existentes, causan el nacionalismo”.²⁷ Por otra parte O’Leary defiende que Gellner terminó por hacer más flexible su teoría: el nacionalismo no sería así sólo el efecto de una causa (la transformación a una sociedad industrial), también responde tanto a una expresión de auténtica identidad como a un instrumento de dominación apropiado para las élites.

²³ Tom NAIRN: “La maldición del ruralismo: los límites de la teoría de la modernización”, en HALL, 2000.

²⁴ Charles TAYLOR: “Nacionalismo y modernidad”, en HALL, 2000, p. 281.

²⁵ Mark BEISSINGER: “Nacionalismos que ladran y nacionalismos que muerden...”, en HALL, 2000, p. 228.

²⁶ Brenda O’LEARY: “El diagnóstico de Gellner sobre el nacionalismo: una visión crítica, o ¿qué sigue vivo y qué está muerto en la filosofía del nacionalismo de Gellner?”, en HALL, 2000.

²⁷ Brenda O’LEARY: “El diagnóstico de Gellner sobre el nacionalismo: una visión crítica, o ¿qué sigue vivo y qué está muerto en la filosofía del nacionalismo de Gellner?”, en HALL, 2000, p. 120.

b) Por otra parte, autores como O'Leary y Alfred Stepan²⁸ consideran que Gellner no logra dar cuenta de la interdependencia entre nacionalismo y democratización. Este punto es desarrollado en el libro por Stepan y Charles Taylor. Ambos aceptan la visión modernista de Gellner, pero la consideran insuficiente. El primero se apoya en Hume, David Miller, Robert A. Dahl y en el propio Charles Taylor, para retomar la constatación de que hasta ahora el marco probado de la democracia es el Estado-nación. Es decir, si bien todas las identidades son variables con el tiempo, la democracia requiere elementos mínimos de identificación colectiva susceptibles de generar un “alto grado de confianza y solidaridad” (David Miller). Stepan se suma a Charles Taylor para defender que “los individuos no pueden desarrollar y ejercer todos sus derechos mientras no sean miembros activos de un grupo que lucha por algunos beneficios colectivos”.²⁹ El Estado moderno democrático requiere, insiste Taylor, “un fuerte sentimiento de identificación”, a saber, el patriotismo. Es de notar que dentro de su propuesta Stepan acepta como viable un federalismo análogo al ejemplo canadiense propuesto por Charles Taylor. Federalismo en el que coexisten diferentes unidades culturales bajo un mismo gobierno federal, y que cumple con la condición de que los ciudadanos reconocen claramente dos ámbitos diferenciados de legitimidad. Pero no cree que este modelo sea aplicable a los países en transición democrática, objeto de su reflexión.

Es de notar que tanto Stepan como Taylor se interesan por subrayar la interrelación entre nación y democracia moderna. Esto explica que Taylor reitere la conocida distinción entre un “nacionalismo de masas defensivo” y un “nacionalismo liberal”. Ahora bien, contra la pertinencia de esta tipología, Roger Brubaker³⁰ sostiene que la distinción entre un nacionalismo cívico o patriotismo y un nacionalismo étnico es

²⁸ Alfred STEPAN: “Las modernas democracias multinacionales: superando un oxímoron de Gellner”, en HALL, 2000.

²⁹ Alfred STEPAN: “Las modernas democracias multinacionales: superando un oxímoron de Gellner”, en HALL, 2000, p. 312.

³⁰ Rogers BRUBAKER: “Mitos y equívocos en el estudio del nacionalismo”, en HALL, 2000.

débil analíticamente. Suponer que el nacionalismo “malo” es aquel fundado en una visión biológica y racial, lleva a concluir que ha habido muy pocos casos de este tipo de nacionalismo. Y si de forma complementaria identificamos a cualquier nacionalismo cívico como cultural, entonces la extensión de la noción hace que pierda capacidad explicativa como tal. Si en sentido contrario, se identifica el nacionalismo étnico como cultural, entonces será el cívico el que se vuelve un objeto inexistente. De aquí que la diferenciación de Taylor sea inoperante, en tanto que su crítica por parte de Brubaker es congruente con su ya señalado escepticismo ante la idea de que el principio de autodeterminación sea una solución al problema de la violencia. Sobre todo cuando la metáfora Modigliani (propuesta por Gellner), de Estados culturalmente homogéneos, es contradicha por una realidad mejor representada por un estilo “Kokoschka” de gobiernos multiculturales: “hoy se reconoce universalmente que las formas de gobierno existentes son de algún modo multiculturales”.³¹

c) Más allá de señalar su rechazo de la creencia de Gellner en que por el estado de sus divisiones nuestro mundo contemporáneo se semeja más a un cuadro de Modigliani que a uno de Kokoschka, el texto de Brubaker ofrece numerosas pistas para prolongar el debate. Es convincente su defensa de que sería beneficioso pasar de las visiones estructuralistas (y holistas en general, diría yo) para privilegiar acercamientos más constructivistas y confrontar el estudio de los fenómenos de grupo con los instrumentos brindados por el individualismo metodológico.³² Intentar armonizar la referencia a las grandes fuerzas sociales y el estudio de los contextos específicos (Charles Tilly), como también propone Beissinger, permitiría conciliar la gran narración de Gellner con las motivaciones de los individuos

³¹ Roger BRUNER: “Mitos y equívocos en el estudio del nacionalismo”, en HALL, 2000, p. 385.

³² La obra de Hardin RUSSELLE: *One for all, the Logic of Group Conflict*. Princeton: Princeton University Press, 1995, es un buen ejemplo.

y equilibrar esa constante ambigüedad de Gellner entre lo necesario y lo contingente del nacionalismo. Es decir, brindaría a la visión de Gellner una teoría de la acción y del cambio social más convincente.

CONCLUSIÓN

Desde el punto de vista de la comprensión histórica del fenómeno nacionalista y de la formación del Estado moderno, a pesar de las modas intelectuales, de manera afortunada entre los especialistas el debate con la posición primordialista parece definitivamente cerrado. Sin embargo, la visión modernista de Gellner se ha visto desafiada más recientemente por aquellos que como John Armstrong y Anthony Smith defienden que las naciones sólo pueden entenderse como fenómenos actuales en relación de continuidad con etnias premodernas. Pero es de notar que la perspectiva de *longue durée* pierde la gran fuerza explicativa de una teoría como la de Gellner. Por mi parte, me siento más cercano a Gellner y Brubaker: las identidades políticas no son realidades ontológicas, son más bien la vieja sustancia amorfa y modificable sobre la que se juega permanentemente la confrontación y la negociación política. De aquí que su mejor léxico de transformación sea el vocabulario de la democracia. Ahora bien, al desdeñar la importancia de las ideas y debido a la ausencia en su pensamiento de una verdadera filosofía práctica, la reflexión de Gellner se antoja insuficiente para dar cuenta de la obsesiva persistencia de dos elementos centrales en la historia de la humanidad: la política y el Estado.

Juan Cristóbal CRUZ REVUELTAS
Universidad Autónoma del Estado de Morelos